



HABLAR MAL DE OTRA PERSONA: EJE DE CONFLICTOS ENTRE JÓVENES ESTUDIANTES EN EL ESPACIO ESCOLAR

Leticia Pogliaghi

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, Universidad Nacional Autónoma de México

Pablo Nahuel di Napoli

Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Área temática: Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas.

Línea temática: El Bullying y otras formas de la violencia entre pares. Racismos, discriminación y violencia. Las violencias y las capacidades diferentes.

Tipo de ponencia: Reportes parciales o finales de investigación.

Resumen:

La ponencia propone indagar, desde la perspectiva de los jóvenes estudiantes, un eje de conflicto cotidiano que denominamos *hablar mal* de otra persona. Se busca dar cuenta de la sociodinámica de los conflictos, los sentidos que se ponen en juego y cómo pueden derivar en situaciones violentas en las escuelas, recuperando para el análisis los aportes de la sociología figuracional de Norbert Elias. Los resultados presentados provienen de la puesta en diálogo de dos investigaciones de corte cualitativo desarrolladas en dos escuelas secundarias de gestión estatal de la Zona Metropolitana de Buenos Aires y cinco planteles de bachillerato universitario público de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, que incluyeron la realización de entrevistas en profundidad y grupos focales con estudiantes. Se concluye, primero, que la sociodinámica de los conflictos, atravesada por sentimientos de superioridad e inferioridad de los jóvenes, refleja desequilibrios en las relaciones de poder entre estudiantes. Segundo, la expresión del conflicto no se reduce a un evento, sino que puede derivar en diversas expresiones de violencia. Tercero, cuando *hablar mal* implica chisme, no sólo circula información, sino que procura humillar, y, por tanto, dañar al injuriado. Por último, estos conflictos que se presentan en las escuelas se entrelazan con otros que se inician o prolongan en otros espacios físicos y virtuales, como las redes sociales en internet y los ámbitos de ocio.

Palabras clave: escuela, estudiantes, conflictos, chisme, violencia

Introducción

En esta ponencia nos proponemos indagar, desde la perspectiva de los propios estudiantes, un eje de conflicto cotidiano que denominamos *hablar mal* de otra persona. Buscamos dar cuenta de la sociodinámica de los conflictos, los sentidos que se ponen en juego y cómo pueden derivar en situaciones violentas en escuelas urbanas argentinas y mexicanas, recuperando, para el análisis, los aportes conceptuales de la sociología figuracional de Norbert Elias.

Partimos del supuesto que las situaciones de conflicto y violencia que involucran a estudiantes deben abordarse desde una matriz que articule estructuras y dinámicas institucionales de la escuela, su entorno y otros espacios de sociabilidad, con las subjetividades e interacciones de los jóvenes (Kaplan, 2009; Pogliaghi, 2018).

En este trabajo ponemos en diálogo dos investigaciones, una desarrollada en Argentina, financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y la otra en México, apoyada por la Universidad Nacional Autónoma de México (PAPIIT IN301818). Ambas tienen como tema central la violencia en el espacio escolar; aquí, profundizamos en uno de sus aspectos centrales: los conflictos que operan como su detonante inmediato. Por la frecuencia de su ocurrencia en la cotidianeidad escolar y que los sujetos adultos de las escuelas de ambos países no suelen prestar mayor atención a estos conflictos, por un lado; y por cuestión de espacio, por el otro, sólo abordaremos los que emergen a partir de *hablar mal* de otra persona.

Ambos estudios siguieron una estrategia metodológica cualitativa. Realizamos la delimitación de muestras en tres momentos. Primero, seleccionamos dos escuelas secundarias de gestión estatal de la Zona Metropolitana de Buenos Aires y cinco planteles de bachillerato universitario público de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, diferenciados por el nivel socioeconómico de sus estudiantes y/o de los territorios en las que se ubican. Para mantener el anonimato, llamaremos A1 y A2 a las escuelas argentinas y M1, M2, M3, M4 y M5, a los planteles mexicanos. Luego, en Argentina, elegimos cursos del ciclo superior (4^{to}, 5^{to} y 6^{to} año), dado que allí se encuentran los jóvenes con experiencias escolares más extensas y redes de sociabilidad más amplias. En México, decidimos incluir los tres años del bachillerato, los dos turnos de estudio y géneros diversos de jóvenes. Por tanto, en ambos países trabajamos con estudiantes de edad similar que cursaban años de escolaridad equivalentes. Finalmente, seleccionamos estudiantes a entrevistar siguiendo los criterios de accesibilidad, heterogeneidad y saturación teórica (Valles, 2002). El trabajo de campo en Argentina, que se realizó entre 2012 y 2014, implicó la realización de 60 entrevistas en profundidad y 5 grupos focales (con 35 participantes). En México, entre 2015 y 2019, se llevaron a cabo 85 entrevistas en profundidad y 14 grupos focales (con 72 participantes). Analizamos los datos siguiendo los lineamientos del análisis temático (Fereday & Muir-Cochrane, 2006), apoyándonos en el *software* Atlas.ti 7.0 para su codificación y sistematización.

Apuntamos que nos orientamos hacia la equidad de género y usamos el tradicional masculino como genérico por espacio, pero diferenciamos masculino y femenino cuando es preciso distinguir el género de los sujetos de referencia.

Cuando hablar mal es eje de conflictos

Entendemos la sociedad como un conjunto de redes de interdependencia atravesadas al mismo tiempo por la cooperación y el enfrentamiento entre grupos y sectores sociales que mantienen un equilibrio de poder en tensión y fluctuante. Así, el conflicto es un aspecto propio de la convivencia humana y no existiría el dualismo que proponen los estudios de las dinámicas de grupos pequeños "...que giran en torno a dos alternativas: de un lado están los problemas de tensión de grupo; de otro, los problemas de cooperación y armonía de grupo" (Elias & Dunning, 1992, p. 235).

En este marco, el concepto de *figuración* resulta fértil para estudiar el equilibrio de poder fluctuante al interior de una escuela (Elias & Scotson, 2016), en tanto aquella no es el resultado *a posteriori* de la unión de dos elementos aislados, sino que se compone a partir de la interdependencia entre dos o más grupos en tensión que conforman una unidad. El conflicto, en tanto expresión de las relaciones de poder, puede pensarse en términos de competencia entre jóvenes o grupos de jóvenes interdependientes por poseer signos distintivos que les permitan obtener reconocimiento social y posicionarse dentro del espacio escolar.

En las escuelas que trabajamos, los jóvenes identifican diversidad de conflictos que han experimentado. Si bien muchos restan importancia a por qué ocurren, al profundizar advertimos que tienen claro cuáles son sus orígenes y efectos en la cotidianeidad escolar. Con fines analíticos, a partir de sus relatos, identificamos los siguientes ejes conflictivos: a) por el espacio (barrial o escolar), b) por *picas* en juegos deportivos, c) por identidad grupal, d) por *hablar mal* de otro/a, e) por *un/a chico/a*, f) por *mirar mal* y g) por la realización de tareas escolares. Sin embargo, es importante remarcar que los motivos no son excluyentes unos de otros, sino que se suelen retroalimentar, aunque cada uno está atravesado por figuraciones particulares que marcan su sociodinámica (Elias, 2008). Como mencionamos, indagaremos sobre el eje de conflicto *hablar mal*, aunque éste se cruza con otros de los categorizados, los cuales referenciaremos oportunamente.

Hablar mal o por detrás del compañero es uno de los detonantes usuales de conflicto entre los jóvenes en ambos países. Melisa (A1) comenta "los problemas típicos son de qué hablan de mí, piensan mal de mí...", mientras que Estefanía (M2) al ser interpelada sobre qué conflictos que ocurren en su escuela que no necesariamente involucren violencia física cuenta "sí, yo he visto que le van con el chisme".

En el proceso de circulación de información se distorsiona su contenido generándose "*malos entendidos*" y/o peleas sin que originalmente haya habido una intención de producir un daño u ofensa sobre la otra persona. En otras ocasiones, la distorsión del mensaje, la selección de información despreciativa a difundir o comentar algo que no debiera ser contado es intencionalmente. Para Mario (M4), esto es clave para definir a una persona violenta: "creo que aquí usualmente está denigrando a los demás, que está haciendo chistes con personas que ni siquiera convive. (...) Más por lastimar a la persona que por hacer reír".

En términos conceptuales existen diferencias entre rumor y chisme. El *rumor* constituye un mensaje difuso que circula por el público con información, ya sea verdadera o falsa, no oficial (Kapferer, 1989); en cambio, el *chisme* circula información despreciativa sobre un tercero entre personas que se comunican entre sí (Elias & Scotson, 2016). La intencionalidad de hacer daño o menospreciar es lo que marca una de las diferencias entre ambos. Por tanto, si el chisme manifiesta una acción intencionada de dañar o que aún sin quererlo, produce un daño sobre otro (Debarbieux, 1996), éste puede ser considerado una expresión de violencia.

Para los estudiantes, los rumores son amenos -incluso buscados- en cuanto les permite estar informados de situaciones que no presenciaron, por ejemplo, de lo que pasó el fin de semana, a la salida de la escuela o en cualquier otro espacio en el que no estaban. Pero no cualquier acontecimiento o información se transforma en chisme, sólo aquéllos que contribuyan a edificar una imagen negativa sobre los otros y/o que generan malestar, resentimiento y tensión entre ellos. Como manifiestan:

Es como, si a ti te perjudica que estén hablando de ti, literal... no se haga más grande el rumor, y mientras no te estén levantando falsos, pues x. Y, aunque lo estuvieran haciendo. (...) Son rumores que se van corriendo. Pues, yo no les hablo, pero aquí todos se conocen unos a otros, luego te enteras. Y de repente, que ésta dijo esto de ti. (María, M2)

Agustina: Trae un montón de cosas porque, ponele, vos te podés llevar bien con una chica y de repente te juntas con otra y le decís ´ay, es una tonta´. Y bueno, así empezás a hablar mal, y después la otra chica se entera y es otro lio más.

Entrevistador: ¿Qué pasa cuando se entera?

Agustina: Depende como sea la chica. O como pasó hace poco (...) que se empezaron a bardear por Twitter, cosas así. (Agustina, A2)

Por el contrario, no caer en chismes puede ser valorado positivamente. Así, ante la pregunta de qué es lo más positivo que encuentra en sus amigos, Gabriela (M5) afirma “que son muy agradables, no son personas chismosas ni nada” y que eso “le gusta”.

Cuando existe algún tipo de tensión entre compañeros por conflictos previos o por prejuicios, se busca o inventa algún atributo negativo a través del cual se pueda desvalorizar a la persona. Este *hablar mal*, en cuanto chisme, constituye un recurso de poder por el cual los estudiantes buscan posicionarse jerárquicamente unos sobre otros despreciando a aquellos individuos o grupos con los cuales se llevan mal y/o tienen rivalidades. Pero el conflicto puede escalar cuando el chisme no queda en el uno a uno, sino que se traslada al grupo, al colocar la característica que se adjudicó al primero al resto del grupo, incluso al colectivo escolar. Es más, cuando Areli (M4) ejemplificó la violencia, dijo “si alguien pasa y dice ´ay, todos los de [esta escuela] me caen mal´ o algo así, y yo me ofendo o me siento mal”.

Elias y Scotson (2016) sostienen que existe un estrecho vínculo entre el formato de los chismes y la estructura de la comunidad. En su investigación muestran cómo un grupo caracterizado como establecidos contaba con un sistema complejo de centros de intrigas. Los espacios de sociabilidad como la iglesia, el club o el pub funcionaban como espacios propicios para la difusión y circulación de chismes. En nuestro caso, rumores y chismes circulan cotidianamente no sólo en la escuela, sino que se (re)producen en otros espacios de sociabilidad como las redes sociales en internet y los de ocio nocturno. En Argentina, la red social Ask, por el anonimato que permite, hace que los jóvenes se expresen con mayor impunidad. En México, en Facebook, Twitter y Whatsapp circulan *memes* elaborados a partir de algún atributo considerado negativo de algún estudiante para que el resto se ría o burle. Incluso en ambos países se crean en Facebook grupos y páginas para postear chismes de estudiantes de sus respectivas escuelas. Facebook, Twitter y Whatsapp, aun cuando en principio no garantizan, dan la posibilidad de no criticar cara a cara y de ese modo restan posibilidades de una reacción agresiva del destinatario o al menos dilatarla (Pogliaghi y di Napoli, 2017).

Cuando el chisme surge de un grupo, la posición y cohesión interna del mismo es fundamental para que adquiera fuerza, circule rápido y logre causar daño sobre quien se habla. Si la balanza de poder entre quienes hacen circular el chisme y quienes son sus destinatarios es equilibrada, ambos pueden *hablar mal* del otro logrando resultados que se neutralizan mutuamente. Pero, si quien es objeto del chisme no está claramente identificado con un grupo o éste ocupa posiciones inferiores dentro de la figuración del curso o de la escuela, es más difícil deshacerse del injurio. Queda claro en este intercambio:

Carla: Ellas son un grupito de tres/cuatro que les gusta bardear a todos, le sacan defectos a todos, le dicen cualquier cosa...

Adela: Se meten en la vida de todo el mundo y empiezan a criticar a las personas por redes sociales, entonces cuando vos ves eso, obviamente algo tenés que decir, para, o sea, no da quedarte con la boca callada, y cuando empezás, saltan de a cinco.

Malena: Que son ese grupito de cinco. (...)

Carla: Es que lo que pasa es que se meten a veces en cosas muy personales, por ejemplo esa chica se había metido conmigo. Me dijo un montón de cosas, que la verdad que no tenía que decir... y lo ponía en el Twitter, en el Facebook, y se terminó enterando todo el colegio, todas las personas, la verdad que a mí no me cayó bien. (...) Son cuatro o cinco, pero parece que sean diez, les encanta decir de todo, aparte son...

Sabrina: Les encanta más que nada figurar en Twitter bardeando porque en la cara no te van a venir a decir nada. (...)

Entrevistador: Vos hablabas de dolor recién, justamente ¿qué sienten cuando pasa eso?

Sabrina: A mí me da bronca porque para mí lo ponen en las redes sociales para llamar la atención más que nada.

Adela: Es como existir... son típicas personas que te tienen que hundir para...

Sabrina: Claro, para sentirse mejor ellas, como que tienen que hacer sentir mal a los demás.

(GF 3 - Escuela A2)

Aquí observamos cómo un grupo de cinco chicas altamente cohesionadas difaman a otras compañeras, las cuales se sienten violentadas.

Pero no siempre *hablar mal* ocurre entre jóvenes de grupos diferentes, sino que lo mismo puede suceder entre amigos, lo que genera una molestia mayor en la injuriada.

No entiendo, porque estas personas son tus amigos y después andan hablando mal de ti. ¿Por qué no me lo pueden decir en la cara? O sea, creo que tenemos la suficiente confianza, si somos amigos, como para decirnos lo que nos gusta y lo que no nos gusta. Entonces, ¿por qué se lo tienes que andar diciendo a otra persona? Esto es una relación y, pues, no tiene que andar saliendo lo que sucede. Es mejor que me lo digas. (Estefanía, M5)

En la mayoría de los casos el contenido de los chismes gira en torno a algún defecto físico, a la apariencia o a la “reputación sexual”. Según las entrevistadas, lo que se busca no es criticar, sino directamente humillar, rebajar al otro para “existir”. Como plantea Jones (2010), “los chismes sobre la vida sexual de una persona son un arma efectiva para herir su imagen pública y provocarle malestar” (p. 101). Éste, en México, ha resaltado en las entrevistas como uno de los contenidos más frecuentes cuando se *habla mal* de otra. Un relato:

Es que casi todo mundo empiezan como con ‘es que eres bien puta’, y ‘es que ve, ya con cuántos te metiste’. O sea, con las chavas y todo, empiezan como que así, eres bien puta. (...) Tú no te puedes mofar, si te cogiste con 5 güeyes así, en una fiesta, y pues obviamente sí te sientes... Bueno, a mí no me hacen, pero bueno, o sea, sí, si hasta yo que no me lo están diciendo a mí, me siento incómoda al escucharlo, entonces imagínate, es algo muy... Veo mucho bullying aquí, mucho, mucho. (Itzel, M2).

Y esto último, no sucede sólo con las mujeres, sino también con quienes tienen otra orientación sexual. Continúa Itzel (M2):

Fueron los que estaban en esa generación. Los que se juntaban en el A, que eran puros gays, y sí, o sea, ocuparon mucho las redes sociales para hacerlo, para molestarlo. Tal vez, o sea, no quiero justificarlo, pero el chavo, como que a todo mundo le decía, ‘pues vamos a... [tener relaciones sexuales] ¿no?’. Entonces, y les mandaba fotos, y entonces como que todo el mundo..., como que de repente (...), perdón por la palabra, pero lo hicieron mierda. O sea, total. Y se dio de baja un año.

Estaríamos en estos casos, ante lo que Mutchinick (2013) entiende por relaciones de humillación en tanto forma de incivilidad. Afirma que “la humillación está atravesada, según el discurso de los estudiantes, por un sentimiento de malestar y se vincula con colocar a los sujetos en un lugar de incomodidad” (p. 132). En todo caso, en el chisme humillante subyace un sentimiento de superioridad de quien lo ejecuta, proporcional al

sentimiento de inferiorización generado en quien lo padece. Esto se vuelve más grave cuando el chisme es publicado en redes sociales en internet por la masividad del público: que todos se anoticien y que varias personas al mismo tiempo puedan hablar de eso, genera un sentimiento aun más profundo de inferioridad. Así, entre quienes cuentan con pocos recursos de poder dentro del ámbito escolar, el chisme los hunde socialmente.

Estudiantes de ambos sexos reconocen que los conflictos y peleas por *hablar mal* es algo más característico de ellas que de ellos. Fonseca (2004), en una investigación sobre relaciones de género y violencia aborda la cuestión del chisme. Allí, equipara la violencia física más visible entre hombres, con la violencia verbal expresada a través del chisme entre las mujeres. Igualmente nosotros encontramos que, frente a un determinado conflicto, los varones pasan de forma más rápida a la confrontación física. Hay menos intercambios lingüísticos y una vez finalizada la pelea, la comunicación disminuye. Lo vemos en este relato:

Se supondría, según los rumores, que ocurrió, bueno, que (...) estaban diciendo que eran mejores unos que otros, y como eres puberto, y eres muy violento y muy sangre caliente, pues, se calentaron las cosas porque se dijeron mejores, y que eran mejores que ellos, y empezaron a llevarse problemas y empezaron a llegar los insultos y eso fue ahí que se llevaron a todos afuera a Torres todos juntos, y empezaron primero el diálogo, pero el diálogo no llevó a nada. (...) Fue que empezaron una pelea y se empezaron a agarrar a golpes y tuvo que llegar la policía minutos después para... para parar las cosas. (Felipe, M4)

En cambio, en las mujeres los conflictos van incrementando su intensidad a medida que una *habla mal* a espaldas de la otra. Cuando llegan al cara a cara se producen intercambios verbales sin muchas veces arribarse a ninguna solución, para luego, por separado, continuar las difamaciones. Lo cuenta una joven:

Ay, esa niña siempre me odió, entonces yo una vez me harté, porque cada que pasaba me empezaba decir de cosas, y yo una vez le dije '¿qué te pasa, por qué, qué te hice o por qué te caigo mal?', o no sé'. Y me dijo 'yo no quiero problemas'. Y le dije '¿por qué te ríes de mí?'. Y yo sí estaba enojada y le quería como pegar, pero me dijo 'no, es que espérate'. Y yo '¿pues es que dime qué traes contra mí, qué te hice?'. Y ya. Después, pero, o sea, seguía ahí con sus amigas, después, y 'cuando estás sola no me dices nada'. (Emilia, M3).

Esto hace del conflicto un espiral que va escalando gestando heridas subjetivas cada vez más profundas. Sin embargo, como comenta Emilia en su testimonio, encontramos que sí es posible entre mujeres que lo que empezó como *hablar mal*, pueda pasar a una confrontación verbal o física.

Conclusiones

Cuando analizamos *hablar mal* como eje de conflicto entre jóvenes estudiantes encontramos como denominador común que su sociodinámica está atravesada por sentimientos de superioridad e inferioridad

que experimentan los jóvenes, los cuales no emergen de forma separada o alternativa, sino que se entrecruzan. Podía ocurrir que ciertos estudiantes se sintieran menospreciados, y en respuesta a ello intentarían revertir esa situación por medio del uso de la violencia física o verbal directa o a través de otro *hablar mal*, y, al mismo tiempo, hacer que sus compañeros los percibieran como fuertes al desprestigiar a los otros y cambiar, de ese modo, su posición en la relación de poder.

Otro elemento relevante de la sociodinámica del conflicto originado en *hablar mal* es que los altercados no se reducen a un episodio como suele suceder en las peleas físicas, sino que pasan por extensas discusiones que se prolongan en el tiempo a través, por ejemplo, del recurso del chisme o el paso a otro tipo de expresión de violencia. Interpretamos que la confrontación física es uno de los elementos que acelera el desenlace en cuanto permite determinar en un lapso de tiempo acotado de forma explícita un “vencedor” y un “vencido”. En cambio, los enfrentamientos verbales y la circulación de chismes hacen del conflicto un espiral que va gestando heridas subjetivas cada vez más profundas.

Por tanto, *hablar mal* de otra persona, en especial, cuando se usa el chisme de manera intencionada para humillar y “rebajar”, muestra que éste no se reduce a la difusión de un determinado contenido. En términos individuales y sociales de los sujetos, los perjudica. Con relación a su lugar en la figuración, opera como expresión del conflicto y de las interacciones que lo construyen, pudiendo hacer que éste se intensifique, reproduciendo más chismes o incorporándoles otras manifestaciones de violencia. Además, la cohesión interna del grupo y la posición que ocupa quien emite el chisme resulta fundamental para que éste adquiera fuerza, circule y logre causar daño, lo cual es más intenso si ocurre a través de redes sociales en internet. Sin embargo, vimos que el hecho de pertenecer a un grupo no exime la posibilidad de que se *hable mal* de alguien hacia dentro de éste. Pero en todos los casos, cuando existen amplios diferenciales de poder se hace más difícil deshacerse del estigma injurioso que recae sobre quienes son objeto de los chismes (Elias & Scotson, 2016).

Por último, queremos insistir en que los conflictos que ocurren en la escuela se entrelazan con otros que iniciaron o se prolongan en otros espacios físicos y virtuales, como las redes sociales en internet y los ámbitos de ocio (di Napoli, 2016). Entre ellos existen vasos comunicantes que son necesarios indagar para comprender la trama del fenómeno de las conflictividades y violencias en los espacios escolares. En ese sentido, la condición estudiantil se entrelaza con la condición juvenil y ambas deben ser abordadas en conjunto (Weiss, 2012), porque, como plantea Lahire (2004), los actores son producto de múltiples experiencias sociales y están llamados a tener comportamientos variados según los contextos en que se desenvuelven.

Referencias

Debarbieux, E. (1996). *La violence en milieu scolaire 1*. État des Lieux. Paris: Éducation Sans Frontières.

di Napoli, P. (2016). Entre la escuela, las redes sociales y los espacios de ocio nocturno. Los conflictos entre jóvenes de educación

secundaria. *Argumentos. Revista de Crítica Social*, (18), 338-366.

Elias, N. (2008). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.

Elias, N., & Dunning, E. (1992). Dinámica de los grupos deportivos con especial referencia al fútbol. En *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (pp. 247-269). Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Elias, N., & Scotson, J. L. (2016). *Establecidos y marginados: una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fereday, J., & Muir-Cochrane, E. (2006). Demonstrating rigor using thematic analysis: A hybrid approach of inductive and deductive coding and theme development. *International journal of qualitative methods*, 5(1), 80-92.

Fonseca, C. (2004). *Familia, fofoca e honra: etnografía de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre, RS: Ed. da Univ., Univ. Federal do Rio Grande do Sul.

Kapferer, J. N. (1989). *Rumores: el medio de difusión más antiguo del mundo*. Buenos Aires: Emecé.

Jones, D. (2010). *Sexualidades adolescentes: amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: CLACSO/ Ediciones CICCUS.

Kaplan, C. V. (2009). *Violencia escolar bajo sospecha*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Lahire, B. (2004). *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Mutchnick, A. (2013). *Las incivildades como dimensión simbólica de las violencias en la escuela. Un estudio socioeducativo sobre las relaciones de humillación desde la perspectiva de los estudiantes de educación secundaria* (Tesis doctoral no publicada). Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Pogliaghi, L. y di Napoli, P. (2017). Violencia en los medios de comunicación: subjetividades y prácticas de los jóvenes estudiantes de bachillerato argentinos y mexicanos. En R. M. Torres Hernández (ed.). *Memoria Electrónica del Congreso Nacional de Investigación Educativa*, año 3, número 3, 2017-2018. Ciudad de México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa A.C.

Pogliaghi, L. (2018). Disputas mediadas por expresiones de violencia en el espacio escolar. En J. López Guerrero y M. Meneses Reyes (coords.), *Jóvenes y Espacio Público* (pp. 125-139). Ciudad de México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias/ Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

Valles, M. S. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Weiss Horz, E. (2012). Los estudiantes como jóvenes: El proceso de subjetivación. *Perfiles educativos*, 34(135), 134-148.